

Por el contrario, parecía elegante, bien vestida, con guantes de color claro y con un sombrero de última moda.

Cuando se encontró á dos pasos de la muchacha, la empleada del señor Perrolet se volvió involuntariamente y se estremeció, como si la hubiesen puesto en contacto con una pila eléctrica.

—Germana—dijo la sombra,—¿es que la asusto?

Era la voz del duque de Rochebonne.

## XI

### POSTRACIÓN

**E**L duque estaba delante de ella con la sonrisa en los labios, enseñando sus bonitos dientes blancos, y con un ligero bastón con puño de amatista, con el cual jugaba tranquilamente.

—Cójase usted de mi brazo—la dijo,—pues nos observan, y no quiero comprometerla.

¿Qué hacer?

Por los dos lados los grupos se acercaban.

Lo mejor era aceptar el ofrecimiento del duque y explicarse.

Y hacerlo en seguida y quitarle todas las esperanzas, que ella no quería autorizar.

Pasó su brazo bajo el del duque, y balbuceó algunas palabras en voz débil:

—Lo hago á pesar mío, señor... estoy desolada... Pero por un minuto solamente...

El duque le interrumpió:

—¿Por qué no me ha contestado?

—¿Cómo quería que lo hubiese hecho? Y además, ¿debía hacerlo?

—Haberme dirigido su respuesta á mi casa sencillamente.

Y añadió riéndose:

—Ya sabe usted dónde vivo, puesto que allí envía sus sombreros.

—No quise hacerlo. ¿Por qué se obstina en perderme? ¿Es eso generoso? ¿Es que no hay otras que serian felices aceptando sus ofrecimientos y sus regalos también? ¿Adónde se los debo mandar, pues ya comprenderá que no pienso quedarme con ellos? ¡Oh, no, de ningún modo! ¿Es que yo soy mujer para llevar brillantes?

—Son muy bonitos, ¿no es verdad, Germana? ¡Y qué bien la deben de estar!

Ella mintió; pero ¿quién no hubiese hecho otro tanto?

—No sé—contestó.—Pero esos brillantes no son más que para princesas.

—¿No es usted la mía? La quiero ver más guapa y más brillante que las otras.

—¡No! Yo seguiré siendo lo que soy, nada más; aunque tuviese ganas de ellos, no quiero parecer mejor que otras; esas alhajas se quedan para las que pueden llevarlas.

Se reponía poco á poco. La emoción que la había causado el encuentro que esperaba desde hacía algún tiempo, empezaba á desaparecer.

El duque la había ido llevando muy despacio hasta la calle de Poitiers, que en aquella hora estaba muy oscura.

—Dejemos esa miseria—la dijo—y esas chiquilladas, Germana. He querido tener esta entre-



vista con usted, que decidirá su porvenir y el mío. Fíese en mí. No abusaré nunca de su bondad. No quiero obtener nada de usted sino por usted misma. La quiero con pasión, y la respeto más todavía. Sobre todo, no hablemos más de esa futesa que he tenido mucho gusto en ofrecerla. La quiero brillante, rica, tranquila. Deseo la felicidad para usted y para mí completa, escondida si quiere, con el fin de que la maldad de los otros no tenga influencia sobre ella; pero tan grande, que no nos quede nada que ambicionar.

Llegaban á la esquina de la calle de Verneuil.

Un coche tirado por un tronco de caballos castaños impacientes y soberbios, contenidos por el cochero, estaba estacionado en el ángulo de la acera.

Un lacayo abrió la portezuela, mientras que el duque levantaba casi á Germana, que se encontró sentada sobre los cojines sin saber cómo y sin pensar en resistirse á la voluntad de Rochebonne.

Cuando la portezuela se hubo cerrado, con un ruido sordo, los caballos se dirigieron hacia los Champs-Elysees, siguiendo por el barrio, como si la orden estuviese dada con anterioridad.

Entonces Germana experimentó una sensación desconocida.

Mecida por el balanceo regular de la berlina, se quedó anonadada, en un estado de postración y de debilidad rayano en el desmayo.

Casi había perdido el conocimiento.

Los doctores llaman á este estado hipnotismo. Si hubiesen encontrado una palabra más fea, la hubiesen elegido.

Para afirmar su ciencia inventan una infini-

dad de nombres oscuros y raros, con la ayuda de los cuales bautizan las enfermedades que inventan; mejor harían en buscar un remedio para la jaqueca, que no curan nunca.

La muchacha vió desfilas como en una pesadilla las grandes verjas que rodean al jardín del presidente de la Cámara, el Ministerio de Negocios extranjeros, de cuyos patios salían tenues resplandores; después las aguas del río, sembradas de luces que danzaban en todas direcciones y que temblaban debajo del puente de los Inválidos.

En los Champs-Elysees, al dar la vuelta, vió desde lejos el resplandor que lanzaban los cordones de gas de los cafés cantantes, y el follaje de los tilos alumbrado por esta iluminación de feria.

Al subir hacia el Arco de la Estrella no distinguió más que los miles de linternas de los coches que se cruzaban con el suyo ó le adelantaban, pues los caballos habían acertado el paso, y por los cristales de las portezuelas divisó como una nube de parejas en coches de punto descubiertos.

Rochebonne, inclinado hacia ella, estaba suspenso, inquieto por el desfallecimiento súbito en que había caído Germana.

Contemplaba ávidamente su cabeza encantadora, y la veía con los ojos medio cerrados y con la frente inclinada, agobiada ante el imperio de un penoso sentimiento de vergüenza y de sufrimiento.

Su pelo en desorden, después de todo un día de fatiga, se escapaba en mechones por debajo de su sombrero, caído hacia un lado.

Su traje negro, con un encaje rodeado al cuello, acentuaba la palidez de su piel de nieve.



El duque respiraba los perfumes ligeros, dulces como los de la violeta, que se escapaban de aquella mujer joven y fresca como la primavera.

Él, el escéptico, el disoluto, se volvía casi tímido, se sentía paralizado enfrente de aquella debilidad que se le entregaba en un momento de locura inconsciente.

Poco á poco, sin embargo, se enardecía.

—Germana—murmuró á su oído con voz acariciadora.

Ella no contestó, pero fijó sobre él sus ojos extraviados, abiertos como si estuviese poseída de terror.

Él la cogió la mano.

Ella la dejó entre las suyas sin resistencia ninguna.

Él se inclinó sobre su hombro, murmuró en su oído frases melodiosas y apasionadas.

El duque era demasiado caballeroso para abusar de aquel estado de abatimiento de Germana.

La llamaba con palabras cariñosas, palabras que servirán eternamente al eterno amor y que han sido repetidas por todos los labios, desde que el Creador lanzó nuestro planeta en los espacios sin límites.

Pero ella no oía.

Por su cabeza pasaban mil pensamientos tumultuosos, indescifrables y vagos, sin forma, como las siluetas de los árboles que ella veía en la obscuridad, que iba aumentando, desde que el coche rodaba en las avenidas del Bois.

De pronto, bruscamente, los caballos se pararon para dejar pasar á otro coche que corría á toda prisa y desembocaba de una avenida transversal,

Germana, sacudida por este cambio brusco de movimiento, recuperó el sentido.

Pasó una mano por sus ojos, miró alrededor suyo y pareció muy asombrada al verse al lado de Rochebonne.

—¿Dónde estamos?—preguntó ella.—¿Hace mucho que estoy con usted? Sí, ya me acuerdo, hace un momento, ¿no es verdad? Me ha obligado á subirme en el coche.

—Hace solamente unos momentos.

—¿Dónde vamos?

—Á el Bois; estamos ya.

—Volvámonos, se lo suplico.

—Todavía no, el aire la repondrá. Estaba usted casi desvanecida. ¿Que tiene?

—Una emoción demasiado fuerte. ¿Por qué me persigue así?

—¡Porque la quiero y deseo ser querido por usted!

—Ya sabe que es imposible.

Y de pronto, al cabo de un momento de silencio:

—¿Qué es eso?—dijo ella señalando un pabellón brillantemente alumbrado, delante del cual se paraba el coche.

—La Cascada—dijo el duque.

—¿Quiere usted bajar?

—Sin duda. Usted también, venga conmigo.

—¡Oh, no! Se lo suplico: ¿si nos viesen?

—¿Quién?

—Esos señores, alguno de la casa. ¡Estaría perdida!

—¡Perdida!—dijo él sonriéndose.—No tenga miedo. Es usted una niña. ¿Puede estar perdida ahora? ¿No estoy yo aquí?



El lacayo había abierto la portezuela.

—Esté usted tranquila, amor mío—añadió el duque: los otros no han venido tan de prisa como nosotros.

Germana cedió, y del brazo del duque entró en el salón bajo, por entre grupos de gente sentada fuera.

En efecto, allí no había nadie que la conociese.

¡Se tranquilizó!

Los mozos se apresuraron á salir al encuentro de los recién llegados.

El duque era uno de los asiduos en la casa.

Se fué á sentar en el fondo en un ángulo y pidió helados.

—Debía estar orgulloso—dijo á Germana;—provoca usted una admiración que se traduce claramente. No hay una mujer que no se muera de envidia por parecerse á usted. ¡Y qué razón tienen!

—Me alaba usted, pero no soy crédula, y todavía estoy menos tranquila.

—¿Por qué?

—¡Lo que hago está tan mal! En fin, me ha querido usted hablar, y aquí estoy.

—¿No me ha oído antes?

—¿En dónde?

—En el coche.

—No. No sé lo que he experimentado. Un mal-estar muy raro. Mi vida se iba. Me era imposible hacer ningún movimiento y, sin embargo, distinguía los sonidos y veía claridades y formas. Ya todo pasó.

—Pues bien, la he dicho todo con dos palabras: la quiero.

—Lo que significa que es usted rico, noble y

que revolotea alrededor de las pobres muchachas que, como yo, están obligadas á trabajar para vivir, y que tiene usted un capricho. Se aburre á veces y ha pensado en mí. Al verme por casualidad se ha hecho esta reflexión: He aquí una mujer que me hará pasar ocho días divertidos. ¿No es verdad?

Estaba jovial, encantadora.

Sacaba partido de una aventura que, después de todo, no ofrecía graves peligros.

Bajo las luces de las arañas, su espíritu volvía á encontrar su libertad. Todo aquel mundo que le rodeaba, aquellos criados con libreas que esperaban, aquella barahunda de coches, de lacayos, de señores y mujeres, los lujosos trenes que iban y venían, la volvían á la realidad.

Ya no tenía miedo. Encontraba hasta cierto encanto en la sociedad de aquel hombre, al que hubiera deseado poder querer, y que realizaba tan maravillosamente el tipo ideal de sus sueños de muchacha. Desde luego, ella era bastante sensata para defenderse, bastante fuerte para resistir á sus debilidades, si se presentaban.

Fernando estaba en éxtasis, y mientras que ella tomaba á cucharaditas su helado con los bordes de los labios, como un pajarito que picotea, la contemplaba con ojos llenos de ternura y de deseos, sobrecitados por el atractivo que se desprendía de aquella adorable muchacha. Al oír las palabras de Germana había movido la cabeza.

—No es un capricho lo que usted me inspira—la dijo.—Ya lo sabe. Es una pasión sin límites y que durará tanto como yo.

—¡Cuántas veces ha repetido estas cosas!—dijo ella con malicia.





...y mientras que ella tomaba á cucharaditas su helado con los bordes de los labios,

—Nunca.

—Júremelo.

—Por todo lo que le plazca.

—¡Juramentos que se hacen para no cumplir!

—Germana—dijo dando su mano á la muchacha,—¿qué es menester que haga para probarla mi lealtad? Ordene usted; cualquiera que sea su voluntad, me conformaré.

Ella bajó los ojos.

Fernando había encontrado el camino de su alma.

Un combate peligroso se libraba entre ellos.

En su ignorancia imprudente, ella jugaba con el fuego.

Rochebonne tenía por aliados en esta lucha las debilidades de la mujer y su coquetería, manantial de celestes alegrías para el hombre á quien se escucha y que subyuga.

Sin embargo, se repuso por un esfuerzo de voluntad.

—Señor duque—dijo con gravedad,—no le oculto que me hace desgraciada. Acaso, y á pesar mío, me vería demasiado dispuesta á escucharle. Pero hay un obstáculo entre los dos. Mi resolución de seguir siendo lo que soy, una pobre y honrada muchacha. Soy sincera. Muchas veces he visto á mis iguales que se han dejado llevar, como yo podría hacerlo, y que han caído como podría caer yo. Su lujo y su vida no me tientan. Mi carrera está trazada, la seguiré. Hay una cosa que estimo por encima de todo. No es el honor. El honor es una palabra que cambia según las condiciones, y no lo entiendo como todo el mundo. Hay el honor de los hombres y el de las mu-



jeros. Un hombre no pierde nada de su honor ni aun cometiendo los mayores desafueros contra la moral. A la mujer se la desprecia por la debilidad de un día. Esto es injusto y despótico. En mis largas noches de insomnio y soledad he reflexionado sobre estas ideas del mundo; yo tengo las mías. Lo que me detiene es la estimación de las gentes que me han ayudado, y á las que debo el modesto empleo de que vivo. Esta estimación la pongo por encima de todo; la coloco antes de la felicidad de ser querida por un hombre como usted. Antes que tener motivo para sonrojarme delante de ellos, me tiraría por la ventana sobre el empedrado de la calle, ó al Sena desde lo alto del puente Royal.

He aquí mi confesión. Yo he cometido una torpeza aceptando este paseo. ¿Qué pensarían de mí al verme con usted? ¿Qué pensaría el señor Bouret si supiese que su protegida ha venido aquí en un coche con usted? Mañana, ¿qué dirían mis compañeras si les contasen que *Capricho* ha pasado la noche *vis-à-vis* con el señor duque de Rochebonne? No habría una que no sospechase todo lo que usted debe figurarse. Se equivocarian; pero no por eso estaría menos perdida ante sus ojos. ¿El mundo? No me ocupo de él más que lo que él se ocupa de una muchacha como yo; pero mis camaradas, esa familia de la que formo parte, y esos jefes, en éstos es en lo que pienso. Felizmente, mi locura de esta noche pasará desconocida y no volveré á cometerla.

—¿Me aborrece usted?— preguntó Rochebonne.

—¡Ah! ¡No, Dios mío!— contestó ella traicionándose.—¡Al contrario! Le quiero por su bon-

dad. ¿Hay mujer alguna que pueda odiar á nadie por la amistad que le demuestran, por débil que esa amistad sea? Yo no lo creo. La de usted me conmueve, y la agradezco. No he encontrado más que tres hombres que me hayan demostrado un poco de afecto: mis dos jefes, y, por último, usted. Pero—añadió riéndose—no ha sido por el mismo motivo.

El duque se acercó, apoyándose sobre la mesa que les separaba.

—¿Y su amigo de Chantilly?— la dijo.

Se sonrojó ligeramente.

—¡Oh! Él—dijo ella—es un exaltado, un salvaje.

—Entonces eso no es amistad.

—Es frenesí. Su temperamento es el de un italiano.

—Confíeselo: ¿le quiere usted?

—Quizá debiera quererle.

—¿Pero?...

—¡Me asusta! Y, sin embargo, él se quiere casar conmigo. ¡Pobre muchacho!

—¿Es alguno de sus camaradas, de los que tiene en tanto su estimación?

—Sin duda ninguna.

—¿Y estaba usted decidida á casarse?

—Dudaba, se lo confieso.

—¿Y ahora?

—Ya no dudo.

—¿Entonces consiente usted?

—No—contestó sencillamente.—Ahora ya no quiero casarme.

El duque la apretó la mano y sonrió.

Pero ella completó el pensamiento adivinando la intención de Rochebonne:



—Ya no quiero interesarme por nadie. ¡Se sufre demasiado!

Una lágrima asomó en sus ojos. Acaso aquella felicidad que ella rehusaba la tenía más interesada de lo que pensaba.

El duque la contemplaba ávidamente. Su cara franca, con sus grandes ojos azules, en donde se reflejaba la pureza de un alma sencilla y dulce; sus mejillas aterciopeladas; su linda boca, de labios de púrpura, exaltaban el deseo que había concebido en una hora de ocio. Empezaba á querer sinceramente á esta muchacha sin cálculo, que se revelaba leal y desinteresada.

De pronto ella se levantó y un susto repentino se dibujó en su cara.

—¡Ah! ¡Dios mío!—murmuró.—¿Por dónde huir?

—¿Qué pasa?—preguntó el duque sin levantarse de su silla.

—Mire ahí fuera en ese coche.

Una espléndida victoria se paraba en la escalinata del café. Estaba enganchada á dos caballos americanos negros como el azabache.

Dos señores de cierta edad bajaron.

El uno tenía una rosa en el ojal de la chaqueta; era alto y fuerte, rayando en colosal, de fisonomía en que se veían el hábito de la autoridad y al propio tiempo la bondad. El otro era menos alto, con el pelo gris, de aspecto cortés y servicial; su figura casi desaparecía al lado de la imponente de su compañero.

—¡Mis jefes!—balbuceó Germana aterrada.

Rochebonne hizo una seña al camarero que les servía.

—Pedro—dijo con precipitación el duque,—

conduzca á la señora á mi coche por la sala del fondo y digan que me esperen delante de la Casaca.

Ya era tiempo.

Bouret y su fiel Perrolet habían hecho su entrada en el pabellón. Aquél echó una mirada en derredor suyo.

Buscaba tan solo una mesa para sentarse con su colaborador.

Los mozos se apresuraron á ir á su encuentro, como habían hecho con el duque.

La aristocracia del comercio obtiene los mismos miramientos que la de la sangre.

El señor Bouret era todo un personaje. Se puede añadir que era una gran figura de su tiempo, y su celebridad parisién estaba más extendida que la de un gran número de ilustraciones políticas que continuamente se atropellan, cogen por asalto los Ministerios y ganan, por haber ocupado el puesto breves días y haberlo hecho mal además, el derecho de poner en sus tarjetas este título de incapacidad: *ex-ministro*.

El señor Bouret era universalmente conocido.

Los favores que se le piden son incalculables.

Y lo que él reparte entre los pobres no se puede contar.

Es verdad que un río de arenas de oro corre por sus cajas y que acumula montones del precioso metal.

El Sr. Bouret está tan orgulloso de su nombre como Ango podía estarlo del suyo, ó Santiago Cœur de su renombre; y además, entre las fortunas que se hacen rápidamente y crecen de la noche á la mañana como los criptógamos, la suya



es de una limpieza en su origen que cualquiera podía examinarla á fondo.

No hay nadie que no le haya visto por la mañana de pie, al lado de la escalera monumental que conduce á los pisos superiores de sus almacenes, dominando con su gran figura la multitud de cabezas humanas que llegan en nutridas filas por la calle de Sèvres y se dispersan por todas partes en el laberinto del bazar.

Entonces tiene el aire de un señor feudal, pasando revista á sus terratenientes, y no habrá existido ningún señor de vasallos del siglo xv que haya llevado mejor que este Porthos bondadoso la coraza repujada, ó sostenido mejor la pesada espada entre sus manos.

Si Diógenes le hubiese encontrado y examinado con su linterna, hubiese pensado que *era un hombre* de esos que en estos tiempos de seres débiles, anémicos y raquíticos no son comunes.

El Sr. Bouret vió á Germana, que se alejaba rápidamente, con su talle flexible y sus cabellos desordenados, cayendo sobre su cuello, blanco como la nieve.

Dió un golpecito en el hombro á Perrolet y se la enseñó.

—¡Bonita mujer!—le dijo.

El patrón de las modas miró al fondo del pabellón.

## XII

## LAS INCERTIDUMBRES DEL SR. PERROLET

EL señor Perrolet había visto un cuerpo bonito y un gran sombrero obscuro sobre un pelo de un rubio ceniciento; pero, no felizmente, la cara.

La muchacha no se volvió.

Se había quedado petrificada.

—Sí, bonita mujer—repitió Perrolet como un eco; pero á veces las apariencias engañan. Hubiese debido enseñarnos la cara.

—¿Qué nos importa eso? Somos demasiado viejos para ocuparnos de las caritas de esas señoritas. Nuestros borregos grandes están vendidos, como dicen en Maine.

Los caballos del tendero piafaban de impaciencia debajo de los candelabros de la terraza.

—Tienes los más hermosos animales que hay aquí esta noche—observó Perrolet.

—¡Es posible! ¡Ah!, amigo mío, ¿quién hubiese predicho, allá, en el pueblo, cuando éramos unos chicos que llevábamos zuecos, que algún día tendríamos caballos de ese precio para conducirnos y que vendríamos por la noche á flanear y á tomar un helado á la Cascada? ¡La casualidad nos ha protegido! Y tu pelota ¿cómo está?

—No va mal. Se redondea.

—¿Cuánto?

—Dos millones.

—Es una buena cantidad.